

—¡Dos mil demonios confundan á tí y á él! ¡No faltaba más, sino que mi casa fuera meson ú hospedería para recibir al primer aventurero que se presentase! ¡Lárgo todos de aquí!

El criado habia escuchado esta descarga temblando; mas viendo que la puerta permanecia cerrada, y que miéntras estuviese así, él no corría riesgo en cuanto á vías de hecho, cobró algun valor, y volvió á decir:

—Señor, el personaje en cuestion dice que es uno de vuestros vecinos y amigos.... Debe ser la verdad.... Yo no le conozco, porque como hace tan poco tiempo que tengo el gusto de estar al servicio de Vuestra Excelencia.....

—¡Y lo estarás muy poco, necio animal! ¡Qué me importan todos los vecinos y todos los amigos! ¡Que cargue con ellos Satanás! ¡Con doscientos mil.....!!

Y siguió un chubasco de improperios que no son para escritos ni contados.

Creyendo calmar aquella tempestad, el criado agregó:

—No se moleste Vuestra Excelencia: voy á decir á ese caballero que el señor Conde está ausente.

—Dile, miserable, lo que se te antoje! ¡Con mil legiones de.....!! Dile que me he ido al Congo; dile que me ha llevado el demonio! como á tí te va á llevar, ¡miserable lacayo! si no te largas de aquí pronto!

Y como el criado oyese ruido de muebles que eran removidos con estrépito, escapó, corriendo, del peligro.

—Señor caballero—dijo al que esperaba—cometí un

error al decir que el señor Conde estaba presente. Le he buscado por toda la casa, y no parece..... sin duda ha marchado á alguna expedicion. Nosotros tendriamos á mucha honra recibir á Vuestra Señoría; pero en ausencia de nuestro amo no podemos dictar sin su permiso disposiciones para el efecto. Disimúlenos el señor caballero.

—¡Ya, ya!..... Eres un buen criado y pretendes excusar los defectos de tu amo.

—En verdad, señor, que es cierto lo que digo.

—Bien, bien; no hablemos más de ello. Adios.

Regresando Gonzalo á su alojamiento, dijo al que le habia enviado:

—Señor, entiendo que el Conde de Fierabrás se ha negado á darnos hospitalidad: sus criados, para disimular esa falta de atencion, aseguran que está ausente, pero yo creo que no es así.

—Ya me lo esperaba yo, y van saliendo ciertos los informes que me han dado del tal Conde.

Presentóse el posadero, diciendo que un hombre deseaba hablar con los caballeros; é introducido á su presencia, les dijo afable y respetuosamente:

—El señor cura sabe que Vuestras Señorías se hallan algo incómodos en esta posada, y me envía á decirles que pueden contar con aquella pobre casa, y que tendria mucho gusto en servir á los señores caballeros alojándolos en ella.

—Da las gracias de nuestra parte á ese buen cura—contestó el principal personaje—y dile que nos compla-

cerémos en aprovecharnos de su bondad. Anda pues, —agregó, viendo que el enviado no se movía.

—Señor, espero, por si hay algun servicio que hacer á Vuestras Señorías, ó algunas maletas que llevar.

—¡Eres el hombre más amable que he visto! ¿Serás sirviente del santo varon?

—Soy el sacristan de la parroquia.

—¡Oh! ¿conque eres el buen Yucundo? ¡Cuánto me alegro! Tu fama llegó ya á mis oídos. No hay que vacilar; nos vamos contigo á la hospitalaria casa, donde si algo nos falta, no será por cierto la buena voluntad de nuestros hospedadores, y la alegría que nos prometen tu nombre y tus hechos.

Trasladáronse al curato el caballero principal y dos de sus acompañantes, permaneciendo en la posada la demas comitiva.

Quedaron desde luego bien alojados, merced á la cariñosa solicitud del excelente párroco, y éste contento, por poder ejercer una vez más los preceptos evangélicos.

Quienes no ganaron mucho con aquella hospitalidad, fueron la anciana Francisca, por el recargo de faenas culinarias, y el pobre Yucundo, que se vió obligado á ceder su dormitorio á uno de los viajeros.

De santos daríase si esta fuera la única molestia; pero se le esperaban otras.

El pobre Yucundo parecia destinado á que todos le buseasen el lado flaco, ó por mejor decir, el fuerte, ejercitándole la paciencia.

El principal de los viajeros, á quien llamarémos el caballero del Madroño, nombre que él mismo se daba, se propuso sin duda ver hasta dónde llegaban la bondad y la ponderada paciencia del sacristan.

—Buen Yucundo—le dijo,—mis compañeros afirman que en este lugar hay gran escasez de comestibles; y yo les digo que todo se puede conseguir con hombres como tú. Conque, no me hagas quedar mal, y procura rectificar con hechos su errado juicio.

—¿Y qué desean Vuestras Señorías?

—Desearíamos, verbi gracia, atun fresco, algo de volatería, una que otra pasta para postre, y un par de botellas de buen vino del Rhin.

—Dificililla es la cosa; pero procuraré obsequiar los deseos de tan ilustres huéspedes.

Y el paciente Yucundo emprendió camino hasta la próxima ciudad, donde, despues de mil trabajos, encontró lo pedido por los exigentes comensales.

El caballero del Madroño volvió á decir á Yucundo:

—Necesito un correo que vaya con cartas á la corte, y regrese mañana mismo con la respuesta. Quisiera además, que se herrara de nuevo á mi caballo, y si no te es molesto, que estuviera listo y con su montura á media noche; deseo tambien que pongan carga á mis pistoletes, y que al primer canto del gallo, ántes de marchar á una expedicion por estos alrededores, tuviera yo dispuesto algun refrigerio..... ¡Ah! se me olvidaba: parece que mi talabarte se ha roto, y es necesario recoserlo; es preciso tambien limpiar mi espada

y reponer uno que otro broche que falta á mi jubon... No se te olvide, buen amigo, echar un buen pienso á los caballos ántes de que partamos, y buscarme un guía, por si lo necesitamos. Cuida de despertarme á la hora conveniente.

Casi aturdido estaba Yucundo con tanto encargo; pero con semblante apacible y halagüeño, contestó:

—Me esforzaré por que todo se haga segun los deseos de Vuestra Señoría.

El buen sacristan nunca las habia visto tan gordas; mas pareció multiplicarse y tener el don de la ubicuidad. Despachó el correo, caminó media legua para hallar al herrador, otra media en busca del armero, y con su actividad acostumbrada hizo el resto de los encargos.

Poco despues de media noche y apénas habia lanzado el gallo su primer canto, llamó á la puerta del caballero del Madroño, diciéndole:

—Señor caballero, todo está listo y es la hora designada.

—¡En verdad—contestó desde adentro el caballero—que eres la perla de los hombres serviciales! Gracias, amigo..... pero ya he cambiado de idea, y no marchó á esa expedicion. Véte, pues, á descansar, que bien lo necesitas.

Largo seria de contar todo lo que hizo el caballero del Madroño para poner á prueba la inagotable paciencia del sacristan: únicamente relataré á ustedes su última y extraña pretension.

Habia, entre otros árboles que formaban el huerto de la parroquia, un alto y copado chopo. Era ya bien entrado el otoño, por lo cual habia perdido la mayor parte de su follaje, pero aún le quedaban innumerables hojas.

—Amigo Yucundo—díjole el del Madroño—mis compañeros y yo hemos hecho una apuesta: ellos están aferrados en decir que ese chopo tendrá no más seis ó siete mil hojas, y yo afirmo que pasan de diez mil. No sólo una gran suma está empeñada en la apuesta, sino que nuestro amor propio se halla interesado en averiguarlo. Házme, pues, este nuevo servicio, encargándote de la tal cuenta.

—Con mucho gusto lo haré por servir á Vuestra Señoría, y mañana á mediodia estará terminada.

Yucundo se encaramó con algun trabajo en el árbol, desde el alba, y comenzó su cuenta.

Los caballeros le espiaban, admirándose cada vez más de aquel carácter que se amoldaba á todas las exigencias.

Antes de pasar el sol por el zenit, el sacristan habia concluido su tarea, y, todo sudoroso y cansado, fué á dar cuenta de su comision.

—Señor, las hojas son trece mil cuatrocientas cincuenta y dos, enteras, habiendo además quinientas sesenta y una medias hojas, que se ha comido la helada.

—¿Y cómo podremos comprobar esa cuenta?

—No hay más que Vuestra Señoría las examine des-

de abajo: todas las contadas están agujeradas con punzon, y ni una se me ha escapado.

—¡Eres verdaderamente admirable! Tén aún paciencia, y no te pesará haber accedido tan bondadosamente á mis antojos.

—Lo he hecho, señor, no por bondad, sino porque encuentro gusto en complacer á los que me rodean.

Tres dias hacia que los caballeros estaban alojados en el curato, cuando una mañana se vió con extrañeza que el Conde de Fierabrás, seguido de algun acompañamiento, penetraba en la aldea y se dirigia á la casa del cura.

Yucundo, que estaba en la puerta, fué encargado de anunciar al caballero del Madroño que el Excelentísimo Señor Conde de Fierabrás pedia permiso para ser admitido á su presencia y presentarle sus respetos.

—¡Hola!—dijo con sorna el del Madroño—¿conque ese Conde volvió ya de su expedicion? ¡Tentado estoy de darle con la puerta en las narices, como él lo hizo contigo, Gonzalo, en su huronera inhospitalaria! Mas no..... tengo curiosidad de ver cómo disculpa su mal proceder. Dile, Yucundo, que pase.

El Conde penetró en el curato, y fué conducido por el sacristan hasta el aposento de los caballeros; y como en aquella casa á nadie se negaba la entrada, muchos individuos del pueblo penetraron tambien, atraidos por la curiosidad que les causaba aquella visita.

El Conde se habia descubierto ántes de entrar al aposento; y al traspasar su puerta, con maneras respetuosas y en actitud humilde, dobló una rodilla en tierra.

Despues, á una indicacion del caballero del Madroño, para que se levantara y hablase, dijo con su voz ronca, que procuró hacer melosa:

—Señor, si ántes hubiera sabido que V. M. honraba con su presencia estos lugares, me hubiera apresurado en venir á rendirle mis homenajes, y á ofrecerle para su servicio mi persona y mi casa. Hasta hoy lo he sabido, y he venido á cumplir con ese grato deber.

—¡El rey! ¡es el rey!—decian todos los presentes en voz baja, miéntras hablaba el Conde; y luego, con un grito espontáneo clamaron:—¡Viva S. M. el rey! ¡Viva nuestro soberano!

Yucundo no fué de los ménos entusiastas: despues de vitorear calurosamente al monarca, decia á los aldeanos presentes:

—¡Conque es S. M. el que se ha dignado honrarnos siendo nuestro huésped! ¡quién lo hubiera creido! Esto merece celebrarse de algun modo. Vé tú, Juanillo, y avísalo al señor cura, que ha de estar en la iglesia... tú, Gaspar, y tú, Antonio, avisad á todo el pueblo para que se prepare una pública manifestacion..... que esta noche haya iluminacion, y que se cite á los tres músicos que tenemos, para que den serenata á S. M..... Celebremos lo mejor que podamos este fausto suceso. Yo voy desde luego con ustedes dos, Lorenzo y Julian, á echar á vuelo las campanas.

Y alegre y entusiasmado, subió de prisa los sesenta escalones de la torre, y de ahí á poco se oyó el sonoro y vocinglero repique.

Entretanto, el rey, con rostro severo y ceñudo, decía al Conde:

—¡Conque tú negaste la hospitalidad al caballero incógnito, y vienes á ofrecerla servilmente al rey! ¡Conque desairaste á mi buen Conde Gonzalo, despidiéndole de tu puerta como á un facineroso de quien se teme el contacto! ¡Bien te portas, Fierabrás! Pero descuida, que pronto tendrás tu merecido.

Viendo que los aldeanos se retiraban con muestras de respeto, el rey les dijo:

—No os vayais, mis leales amigos, que más bien que importunarme, me place vuestra compañía. Y.... ¿dónde está ese buen Yucundo? Hacedle venir; quiero que todos presenciéis un acto de mi justicia.

Llamado el sacristan, quedóse á la puerta, por comedimiento á la real persona.

—Acércate, mi buen amigo—díjole el monarca afablemente;—tú mejor que otro, debes estar cerca de mí; mereces el aprecio de tu rey.—Fierabrás—agregó severamente—sé tu mal carácter y tus fechorías con tus vasallos; sé cuál es tu soberbia iracunda, y que tratas á tus inferiores como bestia feroz.

El Conde, confundido y con la cabeza baja, no dejaba, sin embargo, de lanzar miradas iracundas á los que presenciaban su humillacion.

—Mira á este hombre—añadió el rey señalando á

Yucundo;—no es más que un humilde sacristan; pero es más bueno, más digno y noble que tú. Miéntas tú me negabas la hospitalidad, él venia espontánea y amablemente á ofrecérmela, en nombre del caritativo eclesiástico que sabe practicar las máximas evangélicas. Miéntas tú eres orgulloso y fiero, concitándote la aversión de los que te rodean, él es manso, humilde y servicial; él, con bondad y paciencia inimitables, me ha prodigado atenciones y servicios, plegándose á todas mis exigencias; y..... ya lo ves; con la misma buena voluntad y la misma diligencia que usaba con el oscuro caballero del Madroño, se ha esforzado en tomar disposiciones para obsequiar al soberano. Mírate en ese espejo, y aprende á ser bueno y verdaderamente noble.—Es tiempo de dar á cada cual lo que merece. Tú, Fierabrás, quedas destituido del cargo que tenias en mi corte, y harás bien, si no te enmiendas, en salir cuanto ántes de mi reino. Tú, querido Yucundo, tienes desde hoy un alto empleo en palacio, cerca de mi persona.

—¡Me confunde tanta bondad de V. M! Mas no queiréis, señor, que yo sea ingrato; y lo seria, si abandonase al santo anciano á quien he acompañado tantos años..... estoy seguro que se entristecería con mi ausencia, y ningun pesar quiero causarle.

—¡Eres el mejor de los hombres, y cada vez admiro más tu excelente corazón! Sea como lo quieres; pero en ese caso, ésta aldea, que desde hoy deja de formar parte de los dominios de Fierabrás, pasa á ser de tu

propiedad. Así favorezco á sus vecinos, que ganarán con el cambio de dueño.

—¡Gracias, señor, y que Dios bendiga á V. M!

Al saber estos acontecimientos el anciano cura, decia:

—Es la justicia del cielo, que siempre abate al iracundo y soberbio, y ensalza al que es humilde y paciente.

## JUANILLO EL FILÓSOFO.

### I

—Este Juanillo es el hombre más goloso que he conocido.

—Como que toda su vida la pasa en comilitonas y francachelas.

—Y es lástima, porque el rapaz promete, por su talento y sus prendas; y al paso que va, no aprovechará gran cosa en los estudios.

—Él dice que pertenece á esa secta de los *picuros*, cuyo objeto es sólo comer, beber y gozar.

—Buenos trabajos esperan con el nene á sus pobres padres, que están creídos en que su hijo va á salir hecho un sabio de la Universidad.

Esta conversacion la tenian dos comadres del barrio en que habitaba y era muy conocido el tal Juanillo, á quien llamaban el filósofo por sus raras ideas, por su despreocupacion, ó quizá porque, en efecto, era estudiante de filosofía.